

# *A Long Way Gone,* memorias de un niño soldado en Sierra Leona

**MARTHA BÁTIZ ZUK**

**I**smael Beah nació en Sierra Leona en 1980, y tenía doce años de edad cuando la guerra le cambió la vida. La historia que se narra en *A Long Way Gone* (desconozco cómo vayan a traducir el título al español) es escalofriante: Beah habla con detalle sobre lo que vio, vivió e hizo cuando fue miembro del Frente Unido Revolucionario (RUF por sus siglas en inglés), un niño más de los veintitrés mil que participaron como soldados en la guerra, que oficialmente terminó el 18 de enero del 2002.

Sierra Leona colinda con Guinea al norte, Liberia al Sur, y el océano Atlántico al oeste. La expectativa de vida para sus habitantes es de 38 años para los hombres, y 43 para las mujeres. La historia de Sierra Leona es fascinante: su capital, Freetown, fue establecida en 1792, con la llegada desde Nueva Escocia, Canadá, de un grupo de esclavos liberados después de la independencia de Estados Unidos. Estos esclavos lucharon a favor de los ingleses, y en recompensa fueron trasladados de regreso a su continente de origen, a esta ciudad, donde se les ofreció vivir en relativa libertad, salvo que no podían alejarse mucho de sus límites, porque fuera de Freetown y en el resto de África el comercio de esclavos seguía pujante. En 1845 Sierra Leona tuvo la primera escuela secundaria de toda África Occidental, pero Freetown siguió siendo una colonia inglesa –y el resto del país un protectorado– hasta 1961, cuando por fin logró su independencia. En 1971 se convirtió en una república. En 1991 comenzaron incursiones en su territorio por parte de rebeldes del RUF que, se dice, entraron por Liberia, y esto, aunado al descontento general por la corrupción en la industria de exportación de diamantes, provocó el caos. Para 1995 el RUF tenía dominado al país entero, hasta que en 1999 las Naciones Unidas enviaron una misión de pacifi-

cadore que ayudó a liberar a los niños que formaban parte de los ejércitos rebeldes, e intentar rehabilitarlos y reintegrarlos a sus familias y la sociedad. La guerra terminó en el 2002 con un saldo aproximado de cincuenta mil muertos, quinientos mil desplazados, y miles de personas con amputaciones en el cuerpo. Y ése es solamente el recuento de lo que puede percibir la mirada.

Beah ha querido escribir estas memorias para cambiar la "percepción romántica" que se tiene en nuestro lado del mundo sobre la guerra, especialmente en Estados Unidos, donde sus compañeros de escuela (Beah fue, más tarde, adoptado por una mujer neoyorkina), cuya vida nunca ha corrido peligro, siempre hablaban de conflictos bélicos, balazos y sangre como si se tratara de un juego, y de la noción de los buenos, los malos y los héroes –así como del sabor dulce de la victoria– como si lo que ocurre en África o en Iraq se pareciera a las leyendas arturianas o, peor, a las películas de Hollywood. De hecho, Beah cuenta que mientras fue soldado, parte de la rutina era ver las películas de Rambo a diario, para des-sensibilizar a los chicos que matarían por primera vez –o acababan de hacerlo– y "alejarlos de sí mismos" ("to remove you from yourself", dice Beah). No hay nada glorioso en la guerra, nada romántico, nada bonito o divertido, nadie gana, todos pierden, dice Beah no solamente en su libro sino en entrevistas (pueden verse varias en internet, en youtube), y quién mejor que él para saberlo.

Beah era un jovencito común y corriente, aficionado al rap, cuando a los doce años la guerra llegó al pueblo vecino, donde había ido con unos amigos para participar en un concurso de talentos, y ya nunca pudo volver a su casa. El peligro lo obligó a alejarse caminando –no, corriendo literalmente para salvar su vida–, hasta que fue capturado por el RUF y obligado a convertirse en soldado. Acababa de cumplir trece años cuando le dieron armas, y altas dosis diarias de anfetaminas, drogas y pelícu-

las de acción, y después de los primeros disparos todo se fue haciendo más fácil, más normal, hasta que olvidó cómo había sido su vida anterior y sólo podía sentirse tranquilo abrazado a su AK47. Cuando sus superiores en el RUF acordaron con UNICEF entregarlos a él y otros menores de edad para su rehabilitación, se sintió profundamente traicionado. Beah tenía 16 años. Su familia –su pueblo entero– ya no existían, y a la cruda emocional de poco más de tres años de matanzas diarias, se sumó el difícil proceso de luchar contra su adicción a las drogas. Ismael Beah después se re-encontró con un tío al que nunca había conocido, pero nunca pudo sentirse parte de esta nueva familia, pues su pasado –del que no podía hablar– le pesaba demasiado.

Cuando lo invitaron a la ONU a una conferencia internacional sobre la situación de los niños soldados en su país, y viajó a Nueva York por primera vez, Beah iba paralizado de miedo: las canciones de rap que tanto le gustaban le habían hecho imaginar Nueva York como una ciudad peligrosísima, donde hay balceras en cada esquina. Ahora Beah ríe a carcajadas de eso, y en una

entrevista en televisión lo escuché burlarse de que la primera vez que llevó a un grupo de estos cantantes de rap a ofrecer un concierto en Freetown, eran ellos los que estaban muertos del miedo: ellos, los que glorificaban la violencia en sus canciones, no querían ni salir a la calle en Sierra Leona, y eso que la guerra ya había terminado.

A pesar de que el lenguaje que se usa no es complicado, *A Long Way Gone* no es un libro fácil de leer. Hay pasajes muy crudos. Curiosamente Beah no hace alusión a ningún tipo de violación sexual, de los que debe haber presenciado al menos varias decenas, puesto que es bien sabido que en esas guerras civiles entre grupos y clanes en África la violencia sexual es rampante. Pero violencia de otros tipos abunda en las páginas de este libro, acompañada, por increíble que parezca, de reflexión inteligente, de perdón y de aceptación de la realidad. Ahora Beah, quien ya terminó estudios universitarios en Estados Unidos, se dedica a viajar dando conferencias ante organizaciones no gubernamentales, y como parte de los esfuerzos de la ONU, acerca del grave problema que enfrentan los niños soldados en todo el mundo: el terrible camino hacia convertirse en asesino, y luego dejar de serlo. Él pudo rehabilitarse, tuvo la suerte de encontrar la ayuda que necesitaba para lograrlo. Pero la solapa de su libro ofrece datos devastadores: la ONU estima que hay alrededor de 300 mil niños soldados peleando en cincuenta conflictos a nivel mundial. Para imaginar lo que padecen –aunque nunca del todo, porque resulta muy difícil–, *A Long Way Gone* es texto clave. Un recuento valiente y terrible de algo que sigue sucediéndole a muchos niños, y por lo que la sociedad del mundo entero debe responsabilizarse. Aceptar que el problema existe y conocerlo aunque sea a través de la lectura de este libro, puede ser un primer paso hacia tomar acciones más directas, al menos procurando que los niños que viven de nuestro lado del mundo, o en nuestra propia casa, no glorifiquen jamás la guerra, ni piensen que es algo romántico o divertido. Si logramos eso, entonces parte de la lucha actual de Ismael Beah, y tantos otros sobrevivientes, no nos habrá tocado en vano. Una lectura que sin duda vale la pena, no sólo para los adultos, sino quizá para adolescentes de la misma edad o un poco mayores que Beah cuando cayó cautivo del ejército. Nunca es demasiado temprano para aprender a repudiar, y tenerle miedo, a la guerra. ☒



David Trujillo

Beah, Ismael. *A Long Way Gone*. Sarah Crichton Books. New York: 2007.  
<http://www.alongwaygone.com/>